

bosquecillo, estaba guardada por los portugueses y por parte de la division de Houston. Los soldados de Maucune acometieron vigorosamente á los ingleses, los arrojaron del bosque y los empujaron hácia la aldea, donde entraron á bayoneta calada. Allí hicieron doscientos prisioneros é hirieron ó mataron á unos cien hombres. Los portugueses huyeron en tropel, los ingleses fueron á juntarse á la division de Houston, que se retiraba lentamente cubierta por dos regimientos de caballería, uno hanoveriano y otro inglés, apoyando su derecha en el riachuelo Turones, y su izquierda en la division ligera de Crawford que venia en su auxilio. Persiguiendo á los ingleses la brigada de Maucune mas allá de la aldea, halló al salir á la caballería de Montbrun que avanzaba al trote largo despues de su correría á Nave de Avel. A la vista de la línea inglesa, que protegian dos regimientos de caballería, Montbrun desasosegado de ardimiento, no vacila en entrar en acción y dirige la compañía de preferencia de sus dragones sobre la caballería contraria. Este puñado de hombres, mandado por el capitan Brunel, se arroja bizarramente sobre los escuadrones ingleses y los arrolla sobre la infantería de la division de Houston. Tal carga, ejecutada á los ojos de los soldados de Montbrun y de Maucune, excita en las tropas una especie de entusiasmo y claman por marchar adelante, creyendo ya suya la victoria. Entonces Montbrun quiere cargar á la infantería inglesa que se halla en un terreno favorable á las maniobras de la caballería, pero que está cubierta por ocho bocas de fuego. Envía á pedir algunas piezas á la batería de la guardia, pero esta no puede recibir órdenes mas que

del mariscal Bessieres, etiqueta de tropas de preferencia ya muy funesta en Wagram. No pudiendo conseguirlas, Montbrun se dirige á Massena, que advertido de esta dificultad, se apresura á enviarle cuatro cañones. Por desgracia ha trascurrido media hora, durante la cual las tropas francesas han tenido tiempo de despecharse y las tropas ligeras de Crawford de llegar á aquel punto. Finalmente, Montbrun, provisto de la artillería que le hace falta, se adelanta contra la division de Houston, llevando á la cabeza un escuadron del 5.º de husares desplegado para ocultar sus cañones, los dragones en el centro y un escuadron del 11.º de cazadores á la derecha, y uno del 12.º á la izquierda. Asi marcha, haciendo que le precedan unos cien tiradores de la brigada de Wathier á fin de provocar al centro de la línea inglesa. Con efecto, el 51.º de su infantería se mueve hácia adelante. Montbrun descubre entonces su artillería y le acribilla con metralla, y despues lanza en su contra los cazadores que estaban á nuestras alas. Los dos escuadrones rompen el 51.º inglés al galope y acuchillan á sus infantes dispersos. Dado el impulso marchan contra la division de Houston y continuando en empujarla hácia adelante, se la separa de su artillería que á poco queda en nuestras manos, cuando aproximándose al barranco del Turones se sufre casi á boca de jarro el fuego de una línea de tiradores apostados detrás de algunas tapias. Este fuego imprevisto y bien asestado detiene á nuestros ginetes, y la division de Houston, despues de haber perdido mucha gente, logra resguardarse detrás del Turones, donde encuentra á don Julian. En el mismo instante es reemplazada sobre el terreno

por la division ligera de Crawford que ha avanzado allí á toda prisa.

Viendo Massena acometida la derecha inglesa y rechazada ya en parte hácia el Turones, ordena al general Loisson que haga avanzar á las divisiones de Marchand y de Mermet para que, desembocando de Pozo Velho, auxilién el esfuerzo de la caballería y se trasladen seguidamente á Fuentes de Oñoro, para tomarlo por la espalda. Continuado este movimiento con brio debe arrollar á la derecha inglesa sobre su centro, como lo ha discurrido Massena. Entonces, para aprovechar el extraordinario impetu de la caballería de Montbrun, lánzala sobre Crawford, que á la vista de nuestros ginetes se forma en tres cuadros, con artillería en los trechos de uno á otro.

De resultas Montbrun dispone que el general Fournier haga atacar el cuadro que se descubre á nuestra izquierda con uno de sus regimientos ligeros, y que personalmente caiga con los otros dos sobre el cuadro del centro, el mas importante de todos. Al general Wathier manda que ataque al que se halla á nuestra derecha, mientras él sigue con sus dragones el movimiento de la caballería ligera, pronto á apoyarla en la hora oportuna.

Esta masa de caballería, guiada con firmeza y brio admirables, se adelanta por entre una horrible metralla, que vomita la artillería colocada en los trechos de los cuadros ingleses. Ya á alcance del enemigo, los húsares y los cazadores arrancan al trote y luego atacan al galope. En un abrir y cerrar de ojos el cuadro de la izquierda queda roto: Fournier penetra personalmente en el del centro con sus dos regimientos: se rinden mil qui-

nientos hombres de infantería inglesa y el coronel Hill entrega su espada. Solo el cuadro de la derecha, protegido por un pliegue del terreno, se libra del desastre, á pesar de los esfuerzos que el general Wathier hace por romperlo. En este instante nuevas descargas de metralla llueven sobre nuestros ginetes como el granizo. El general Fournier, cuyo caballo es herido, cae á la vista de sus soldados, lo cual produce alguna conmocion entre ellos. De ella se aprovechan los ingleses: parte de los rendidos se dan á la fuga y tornan á romper el fuego; los demas, todavía en número de cuatrocientos ó quinientos, siguen prisioneros. Observando Montbrun los estragos de la metralla y viendo venirle encima toda la caballería inglesa, hace que se replieguen sus caballos ligeros por temor de no tener bastante gente para sustentarlos. Con suma instancia pide la caballería de la guardia y ademas el apoyo de la infantería.

Testigo de este espectáculo Massena, ya ha enviado un oficial para hacer que se adelanten los ochocientos ginetes de la guardia. ¡Igual contestacion que en Wagram! Ni la caballería, ni la artillería de la guardia pueden operar mas que á las órdenes del mariscal Bessieres, á quien hay que ir á buscar no se sabe donde por aquel vasto campo de batalla. De consiguiente la guardia permanece inmóvil. Mal dirigida por Loisson la infantería se ha dirigido muy á la derecha, como si su único objeto fuera tomar de revés á Fuentes de Oñoro y como si no debiera también enlazarse con la izquierda de Montbrun, para abarcar en su movimiento toda la línea del enemigo. Penetra en los bosques alrededor de Fuentes de Oñoro; se en-

golfa allí y expulsa á los ingleses, mas llega á un barranco que le separa de Fuentes de Oñoro y se pone á disparar inútilmente contra las tropas de Picton, mientras Ferrey renueva su ataque de la antevíspera.

Entretanto pasan las horas: Montbrun queda sin el apoyo de la guardia, sin el de la infantería, no ha podido renovar su ataque contra la infantería inglesa, que se ha aprovechado de este respiro para rehacerse y entrar en línea de nuevo. Spencer con la primera division, reuniendo á los portugueses, ha llegado á colocarse al lado de Crawford y presenta un frente imponente, apoyado por numerosa artillería y por toda la caballería inglesa. Por su izquierda se enlaza á Picton, que defiende siempre á Fuentes de Oñoro y por su derecha á la division de Houston, que está al otro lado del Turones.

A la vista de esto Montbrun, despues de aguantar las balas y la metralla por largo tiempo, abriga á sus ginetes detrás de un repliegue del terreno, y aguarda así que se vuelva al combate para renovar sus proezas de aquella mañana. Si en este momento Reynier, que no tiene delante mas que una division, la de Campbell, atacara vigorosamente á Alameda: si Ferrey, francamente ayudado por Drouet con todo el noveno cuerpo pudiera arrancar la aldea de Fuentes de Oñoro á la division de Picton, ya muy reducida en número, la batalla quedara ganada, aun despues de alojar el movimiento de la izquierda de los franceses contra la derecha de los ingleses. Mas, creyendo Reynier tener delante masas enemigas que no tiene, considerando reservada á otros la tarea de ganar la ba-

talla, se limita á insignificantes disparos. Ferrey ataca violentamente á Fuentes de Oñoro, y apoyado por dos regimientos de la division de Clapartede, toma las alturas de mas allá del pueblo, mas no sosteniéndole el resto del noveno cuerpo, se ve obligado á abandonarlas. Lleno de buena voluntad Loisson, bien que extraviado en su marcha y echando por la derecha en vez de tomar á la izquierda, se halla inútilmente detenido por un barranco que le separa de Fuentes de Oñoro.

Así transcurre buena parte del día, y las ventajas alcanzadas por la caballería y por la brigada de Maucune quedan sin fruto; mas para repararlo todo, allí está el invencible teson de Massena. Corriendo de Montbrun á Loisson, reconoce la falta cometida: ordena á Loisson que apoye á la izquierda, hacia donde Montbrun se halla: hace que por entre Montbrun y Loisson avance Solignac, y se propone atacar á fondo la derecha de los ingleses, compuesta de las dos divisiones de Spencer y de Crawford, de los portugueses y de la caballería. Aun cuando esta línea es formidable, no desespera de romperla con las divisiones de Marchand, de Mermet y de Solignac, con la heroica caballería de Montbrun, y mas teniendo Drouet orden de tentar un esfuerzo desesperado sobre Fuentes de Oñoro y Reynier de atacar vigorosamente á Alameda. Del ardimiento de Massena participan las tropas, confiadas siempre en el triunfo, y anhelantes por acabar á todo trance con aquel ejército de ingleses, que por tiempo tan largo ha conseguido esterilizar sus esfuerzos, ya detrás de las rocas de Busaco, ya detrás de las líneas de Torresvedras.

En ocasiones tales se ostentan con todo su poder el juicio seguro y el carácter obstinado de Massena: Montbrun, Loisson, Marchand, Mermet, no ansian mas que darle ayuda; pero en el momento de renovar el ataque y de decidir la victoria con un postrer golpe de energía, el general Eblé llega á anunciar dolorosamente que no quedan sino pocos cartuchos, por no haberlos Bessieres llevado, ni haber servido sus tiros de caballerias sino para presentar algunas bocas de fuego mas sobre el campo de batalla. Se calcula que, reuniendo todo lo que aun existe, apenas tendrá cada soldado treinta cartuchos, con los cuales no hay bastantes para un combate que ha de ser desesperado por parte de los ingleses, y menos si, no siendo decisiva la jornada, hay que continuar lidiando para retirarse ó para perseguir al enemigo. Ante dificultad tamaña y mas determinante que cualquiera otra no se desalienta Massena, y resignase á aguardar la mañana del dia siguiente, contando con que los ingleses no habrán mudado de posicion y seguro de que no habrán sido reforzados, por ser Picton indispensable con la tercera division en Fuentes de Oñoro, Camphell con la sexta en Alameda, Dunlop en el fuerte de la Concepcion con la quinta. A otro dia por la mañana solo tendrá delante á Crawford, á Spencer y á los portugueses, y está resuelto á descargarles uno de aquellos terribles golpes de que habia ya dado muestras en Rivoli, en Zurich, en Caldiero (4). De consiguiente, se atempera á aquellas pocas horas de reposo que le han de proporcionar municiones; y asi manda

(4) Caldiero en 1805.

enviar á toda prisa los tiros de Bessieres á Ciudad-Rodrigo para que traigan víveres y cartuchos y se distribuya á las tropas una parte del convoy destinado á Almeida. Pero alegando Bessieres la triste razon del cansancio de sus tiros, que han caminado sin parar muchos dias, que no podrán arrastrar el peso que se les cargue, resiste hasta el punto de encolerizar á Massena. Algo rendida parecia desde la retirada de Portugal la fortuna del veterano. Seis meses antes no se le hubiera contradicho. ¿Y hoy se le resista sin rebozo! ¿Qué hacer en aquel trance? ¿Por ventura debe romper Massena la espada de Bessieres, despues de haber roto la de Ney? Dificultades hay ante las cuales necesitan retroceder los caracteres mas vigorosos. Por evitar nuevos escándalos consiente Massena en dilatar para el dia siguiente por la mañana el envio de sus cajones á Ciudad-Rodrigo y duerme sobre el campo de batalla con sus tropas, vivaqueando á tiro de fusil de los ingleses, y comiendo los víveres preparados para Almeida.

Tal fué esta batalla de Fuentes de Oñoro, que de resultas de tantos obstáculos y contrariedades imprevistas y actos de mala voluntad, quedó indecisa, y que la bizarría de las tropas y las hábiles disposiciones de Massena, siendo apoyadas, hubieran convertido en una victoria insigne, decisiva para España y probablemente para Europa. Al dia siguiente, 6, siempre resuelto Massena á volver á empezar la lucha, empleó las horas en recorrer el campo de batalla, mientras se iban á buscar municiones á Ciudad-Rodrigo. Singular era la posicion de los dos ejércitos entonces. Subiendo desde Alameda á Fuentes de Oñoro formaban los cuerpos de

Reynier y de Drouet una línea continua, opuesta de frente al ejército inglés a lo largo del Dos Casas. Nuestra línea se había plegado en Fuentes de Oñoro, y formando un ángulo casi recto, tenía bloqueada mas allá del Dos Casas el ala derecha de los ingleses replegada sobre el centro. En este último punto había lord Wellington acumulado sus mejores tropas, y suplido la fuerza del sitio con la del arte. Aun estando cansadísimo sus soldados ocupó toda la noche en levantar atrincheramientos: hizo barrear la parte alta de Fuentes de Oñoro: entre Fuentes de Oñoro y Villa Formosa, aldea situada en la hondonada del Turones, no habiendo obstáculos naturales, creólos con montones de tierra, con derribos é inmensa copia de artillería: por último, así en Villa Formosa como en Fuentes de Oñoro multiplicó barricadas, cañones y defensas de todas clases. Detrás de la línea transversal, que iba del Dos Casas al Turones y se extendía tres cuartos de legua á lo sumo, tenía cuatro divisiones, la séptima, la primera, la tercera y la ligera, con los portugueses é innumerable artillería. Con dolor vió Massena que el tiempo, dedicado á hacer descansar los tiros de Bessieres, era mejor empleado por el enemigo, y que la línea artificial creada durante la noche iba á ser tan formidable como la que la naturaleza había creado en el frente de Fuentes de Oñoro á Alameda, ahondando el lecho profundo del Dos Casas. Así y todo estaba determinado á lanzarse otra vez á la pelea, fiando en el ardimiento de sus tropas. Mas los generales Fririon, Lazowski, Eblé, tan adictos á su persona como al honor de las armas, le revelaron tristes verdades que él procuraba disimularse en vano, y

repitiéronle que muchos oficiales, fatigados unos, destinados otros á servir en ejércitos diferentes ó en visperas de tomar su licencia, no estaban muy resueltos á cumplir sus deberes para que se pudiera tentar con seguridad un esfuerzo desesperado. Reynier, dotado de tanto saber y de valor tan verdadero, no valia de nada cuando se apoderaba de su espíritu la zozobra, y á la sazón imaginaba tener á todo el ejército inglés encima. Drouet, próximo á partir al ejército de Andalucía, juzgaba haber pagado sobradamente su deuda al ejército de Portugal, comprometiendo á las órdenes del bizarro general Gerard dos regimientos. Bessieres era incomprensible, y se portaba con Massena como un ambicioso ante una fortuna que declina. Disuadióse, pues, al general en jefe, haciendo obrar sobre su ánimo la única influencia capaz de vencer á un carácter entero, el consejo de ceder dado por amigos ilustrados, adictos y concordés.

Destinado á no sacar mas que pesares de esta campaña, se decidió Massena por uno de los dos partidos que Napoleon había dejado á su elección, el que le agradaba menos, y consistia en hacer saltar la plaza de Almeida en vez de avituallarla. A mayor abundamiento, el convoy que allí debía trasladarse ya estaba medio gastado por los mismos encargados de introducirlo, y tenían que consumir el resto para retirarse. No había mas arbitrio que destruir á Almeida, donde todo estaba preparado para la ruina total de las fortificaciones. Una orden bastaba con el fin de que se realizara este desigmo, mas por entre el ejército inglés era necesario llevarla. Massena requirió hombres que se prestaran á hacer voluntariamente tamaño servi-

cio, y se presentaron tres, cuyos nombres debe conservar la historia, y fueron Zaniboni, cabo del 76.º de línea; Noel Lami, soldado cantinero de la division de Ferrey, y Andrés Tillet, cazador del 6.º ligero. Cada cual llevaba al general Brenier la orden de hacer saltar la plaza y de abrirse luego paso por entre la línea de puestos ingleses hasta el puente de Barba del Puerco sobre el Agueda. Al segundo cuerpo, formando la extrema izquierda del ejército francés, tocaba avanzar hácia aquel puente para recoger á la guarnicion fugitiva. Se habia intimado al general Brenier que disparara cien cañonazos de grueso calibre para anunciar que habia recibido la orden del general en gefe.

A otro dia, que era el 7, no acabándose de determinar Massena á dejar el campo de batalla, y meditando siempre en volver á empezar el ataque si se presentaba la coyuntura, se mantuvo en posicion delante de los ingleses. Estos, aterrados por la formidable lid que habian sustentado y por la que preveian, se sustentaron inmóviles detrás de sus trincheras, y Massena, corriendo por delante de ellas á caballo, como un leon delante de los cercados que no puede salvar, parecia el vencedor en aquella jornada. Al caer la tarde del 7, oyéronse los cien cañonazos que atestiguaban la transmision de la orden enviada á Almeida. De los tres mensajeros, Andrés Tillet, el solo que habia partido sin disfraz alguno, con su uniforme y su sable, fué quien llegó cerca del general Brenier y pudo desempeñar su encargo.

Para dar tiempo al general Brenier de consumar la destruccion de Almeida, fingió Massena el dia 8 estrechar mas de cerca las líneas inglesas, y

trasladó la division de Solignac detrás del cuerpo de Drouet, como si fuera á ejecutar un ataque sobre el centro del enemigo. Aun se mantuvo en posicion el dia 9, simulando siempre un movimiento ofensivo, y manteniéndose cuidadosamente los ingleses dentro de sus líneas, acumulando allí los medios de defensa y no dando con el cálculo del general francés de ningun modo.

Por último, comenzando el dia 10 á murmurar las tropas, á imitacion de algunos de sus gefes, de resultas de detenerlas infructuosamente delante del enemigo, como que ignoraban la intencion de Massena, y anunciando todo además que el general Brenier habia tenido tiempo de tomar sus disposiciones, consintió al fin el caudillo en la retirada sobre el Agueda. Volviendo el ejército caras, dirigióse Drouet por la derecha á Espeja, por el centro marcharon los cuerpos sexto y octavo á Ciudad-Rodrigo en derechura, Reynier aproximóse por la izquierda al puente de Barba del Puerco, donde debia recoger á la guarnicion de Almeida, si conseguia abrirse paso, y finalmente, Montbrun cubrió la retirada con su caballeria. No nos siguieron los ingleses sino con circunspeccion suma, fijándose en el grueso del ejército su atencion toda, y de ninguna manera en Almeida por considerarla abandonada á sus fuerzas propias y condenada de consiguiente á una rendicion inmediata. Solo el general Campbell, encargado de observar á Reynier, le siguió á distancia y sin vigilar el puente de Barba del Puerco.

A media noche oyó el ejército durante su marcha una explosion sorda, y supo de este modo que la plaza de Almeida habia sido destruida. Con el

fin de que recogiera á la guarnicion, dejó Reynier al general Hendelet delante del puente de Barba del Puerco. Se la aguardó con viva ansiedad el dia siguiente, porque para presentarse junto al Agueda tenia que andar ocho ó nueve leguas, y no podia llegar hasta el dia 11. Conocida merece ser su historia, pues ofrece una de las aventuras mas extraordinarias de nuestras largas guerras.

De muy atrás habia minado el general Brenier las principales obras de la plaza, y no aguardaba mas que una orden para prenderlas fuego. Habiéndole llegado el 7 por la noche, hizo tirar todos sus cartuchos á los fosos, serrar las cureñas, disparar á bala sobre las bocas de los cañones para inutilizarlos, y por último, cargar los hornillos de mina. Ya la noche del 10 estaban acabados todos sus preparativos, por lo que reunió su escasa guarnicion que ascendia como á mil quinientos hombres, le anunció que iban á abandonar la plaza y á salvarse por entre las masas enemigas. Esta nueva agrado mucho á la temeridad de nuestros soldados, que se cansaban de estar de guarnicion en un pais lejano y hostil, bajo la continua amenaza de morir de hambre ó de ser prisioneros de guerra, y todos se aprestaron á operar prodigios. A las diez de la noche empuñaron las armas. Detrás dejó el general Brenier á Morlet, gefe del batallon de ingenieros, con doscientos zapadores para prender fuego á las minas é incorporársele de seguida por una senda extraviada. De la plaza salieron por la parte menos observada, la que llevaba á orillas del Agueda. Mas de dos leguas anduvieron sin descubrir al enemigo: al cabo de ellas encontraron las avanzadas de la division de Campbell y de la bri-

gada portuguesa de Pack, que fueron arrolladas. Brenier tuvo la ingeniosa idea de hacer que le siguiera un convoy, en cuyo saqueo se cebaron los portugueses, dejándonos asi libre el paso. Con todo, el general Pack nos siguió al frente de la caballeria del general Cotton. Al amanecer llegó Brenier á Villa de Cuervos, no lejos de Barba del Puerco y recogió al bravo Morlet y á sus zapadores, quienes, despues de poner fuego á las minas, lograron forzar tambien la línea de los puestos contrarios. Al acercarse á Barba del Puerco, Pack por un lado se puso á disparar contra nuestra bizarra guarnicion fugitiva, y Cotton por otra á cargarla á sablazos. A todos estos ataques hizo cara, y ganó, en fin, la entrada de un desfiladero practicada entre las profundas excavaciones de una cantera. Allí logró salvarse, echándose en brazos de las tropas de Hendelet que corrieron á su encuentro. Por desgracia, para cruzar el desfiladero, tuvo que alargarse la columna, y su cola quedó á alcance de los ginetes ingleses. Doscientos ó trescientos hombres fueron cortados, pero se desparramaron á una y otra parte con el fin de ganar las orillas del Agueda por otros caminos. Algunos cayeron en un precipicio y allí arrastraron á los portugueses encarnizados en perseguirles; algunos otros se quedaron atrás y fueron cogidos por los ingleses. Así, excepto doscientos hombres á lo sumo, esta heroica guarnicion se salvó burlando los cálculos de los contrarios y entregándoles una plaza destruida. Cuéntase que, al saber lord Wellington este hecho tan extraordinario, dijo que la proeza del general Brenier valia una victoria. Se concibe esta exageracion inspirada por el despecho, pues era desagra-

dabilísimo y hasta humillante dejar destruir ante sus ojos y ya casi en sus manos una plaza que estaba en vísperas de recuperar y cuya posesion hubiera anulado el valor de Ciudad-Rodrigo. Lord Wellington, con una injusticia poco digna de él, achacó el contratiempo, al general Campbell, no mas culpable á la verdad que el resto del ejército y que el mismo general en jefe, pues nadie en el campo británico habia previsto que tal fuese el desenlace de esta corta campaña, y sea dicho que era muy difícil de prever para excusa de todos.

Continuando Massena su retirada, dejó en Ciudad-Rodrigo el resto del convoy destinado á Almeida y algunos granos mas recogidos durante el movimiento de las tropas, con lo que aseguró á la plaza viveres para cuatro meses, renovó y reforzó su guarnicion, y finalmente volvió á Salamanca para dar allí descanso al ejército y reorganizarlo. Con su teson característico y en conformidad de sus instrucciones queria no perder de vista á los ingleses y bajar con ellos al Tajo si hacian ademán de marchar contra Badajoz. Por de pronto, aunque muy mal apoyado por sus lugartenientes, habia conseguido su objeto, que era salvar las plazas de la frontera española, avituallándolas ó destruyéndolas; contener y retener á los ingleses; impedirles enviar la mayor parte de sus fuerzas á Extremadura, y, siempre atrayéndoles á la alta Beira, quitarles el deseo de penetrar en España. Efectivamente, este plan tan complicado se hallaba cumplido por Massena, pues Ciudad-Rodrigo, que nos era bastante, estaba abastecida por cuatro meses: Almeida, que nos era inútil, no caía en manos del enemigo sino desmantelada; y tal impresion ha-

bian causado á los ingleses las dos jornadas de Fuentes de Oñoro que no pensaban ya en meterse en Castilla la Vieja, al menos mientras el defensor de Génova y de Essling se hallara presente. Sobre la misma batalla de Fuentes de Oñoro, principal acto de este último periodo, cabe decir que, si Massena descubrió tarde el lado flaco de la posición del enemigo, si perdió la jornada del 3 de mayo en ataques inútiles contra Fuentes de Oñoro y la del 4 en reconocimientos tardíos, al cabo divisó el verdadero punto de ataque, cosa que tantos generales no distinguen al principio ni al fin de las batallas, y el 5 obró con una firmeza de miras y un vigor de carácter admirables; y que, si en este dia Reynier se hubiera mostrado mas emprendedor delante de Alameda, si Drouet hubiera querido tomar á Fuentes de Oñoro, empleando todo su cuerpo de tropas, si Loisson hubiera caminado mas de prisa y mas en derechura al verdadero objeto de sus movimientos, si las miserias de la etiqueta no hubieran retenido á la guardia imperial, sin duda experimentarían los ingleses un revés sangriento. Justo es añadir que, á pesar de todas estas debilidades y malquerencias, si el mariscal Bessieres no hubiera opuesto á última hora nuevos obstáculos al triunfo, si Massena hubiera obtenido para el amanecer del dia 6 las municiones de que necesitaba, acaso todavia, superando con su constancia la constancia inglesa, estuviera en proporcion de destruir la fortuna de lord Wellington, ante la cual debia sucumbir la fortuna de Napoleón mas tarde.

A Salamanca volvió, pues, Massena, esperando allí el fallo que se pronunciara en París sobre sus



operaciones. Tras de todas las bajezas de que habia sido testigo, no le faltaba mas que incurrir en la desgracia de su soberano, sobre lo cual nada sabia, aun cuando no distaba de suponerlo, no predisponiéndole á esperar mucha justicia la amargura de su corazon y el conocimiento de los hombres.

A la sazón, el compañero de armas á quien acababa de prestar un gran servicio, sin que de él hubiera recibido ninguno, librándole de la presencia de lord Wellington y de la de una ó dos divisiones inglesas, el mariscal Soult era menos feliz aun y recogia el fruto de las faltas cometidas por todos durante las funestas campañas de 1810 y de 1811. Apenas se pronunció el mariscal Massena en retirada, lord Wellington envió el cuerpo del general Hill hácia Extremadura, al cual agregó despues otros destacamentos con el designio de socorrer la plaza de Badajoz ó de recuperarla, si la habian tomado ya los franceses. Por aquella parte el total de fuerzas ya juntas constaba de dos divisiones inglesas de infantería, de muchos regimientos de caballería igualmente ingleses, de muchas brigadas portuguesas, y en fin de tropas españolas, unas escapadas de la accion del Gévora y otras destacadas de Cádiz. Se podia calcular este ejército en unos treinta y seis mil hombres, de los cuales de doce á trece mil eran ingleses, seis mil portugueses de línea y de once á doce mil españoles. Pasado habia el Guadiana por Jurumenha y arrancado la plaza de Olivenza á los franceses que acababan de conquistarla y que, sin tiempo de ponerla en estado de defensa, se hubieron de retirar sosteniendo combates desesperados de retaguardia para me-

terse dentro de Badajoz. Una division inglesa habia acometido esta plaza, donde se hallaba encerrado el general Philippons con víveres, con municiones, con una guarnicion muy decidida de tres mil hombres, y determinado á no rendirla hasta que el enemigo la entrara á viva fuerza. Despues de batir el muro á fin de expulsar de allí á los franceses, el resto del ejército anglo-portugués y español tomó posicion en la Albuera para cubrir el sitio. Algo mas á la espalda se habia apostado el quinto cuerpo, mandado por el general Latour-Maubourg de resultas de haber sido el mariscal Mortier llamado á Francia, aguardando impacientemente un socorro de Sevilla, porque, mermado hasta no contar mas que ocho ó nueve mil hombres despues que el mariscal Soult habia partido, desde que hubo de suministrar una guarnicion á Badajoz se reducía casi á la nada.

Tales eran los sucesos sobrevenidos en Andalucía mientras el mariscal Massena daba la batalla de Fuentes de Oñoro y hacia saltar las fortificaciones de Almeida. Hallando el mariscal Soult restablecida la seguridad delante de Cádiz por el vigor con que el mariscal Victor habia rechazado á los ingleses, y por el retorno de parte del cuarto cuerpo á la provincia de Sevilla, prestó oídos á los gritos de angustia de la guarnicion de Badajoz, que se defendía con raro denuedo, y determinó correr en su ayuda. Despues de dedicar algunos cuidados á los asuntos de su ejército, de atraer á sí parte del cuarto cuerpo, de poner al mariscal Victor, no en estado de tomar á Cádiz, mas sí de defender sus líneas en el caso de ser atacadas, y de comunicar de nuevo, tanto á Madrid como á Paris, la urgen-